

Alfonso Reyes, maestro americano

Por Sebastián Salazar Bondy

SI hay alguien que merece sin reserva alguna el trato memorable de maestro, ese es don Alfonso Reyes, el eminente polígrafo mexicano en cuya incesante palabra innumerables generaciones latinoamericanas han encontrado el saber de viva erudición, la belleza de la forma sobria y elegante, la gracia suprema de decir lo tradicional y lo novísimo con la más natural desenvoltura. Hoy, día en que cumple los primeros setenta años, don Alfonso, como le llaman con igual familiaridad los discípulos que lo escucharon en la cátedra y los discípulos lejanos que oyeron su persuasiva voz a través de los libros, ejerce como antes ningún otro en nuestro continente el perfecto magisterio. Sabemos que está ahí, entre sus luminosos papeles, entre los volúmenes clásicos y los textos recientes, hurgando generosamente en pos de la eterna poesía, esa que él descubre por igual en el verso y en la vida, en la prosa y en el rostro, en el arte y en la presencia humana.

En un mundo como el nuestro, el americano, las vocaciones son relampagueantes, pero suelen consumir su brillo inicial demasiado pronto. Universo de prematuras promesas y rápidos desencantos, la tierra del indohispano parece a veces, como lo sostuvieron algunos de sus viejos detractores, continente inmaduro, precoz de flores aunque incipiente de frutos. Don Alfonso ha sido la refutación real y feliz de esta depresiva idea. Su vocación estética —“Cuestiones Estéticas” se llamaba no por casualidad su primer libro, de 1911— no tuvo momentos de desfallecimiento, giros de desviación, apaciguamientos pasionales o racionales. Belleza buscó en la crítica, en la crónica, en la poesía, en el teatro, en la teoría literaria, en el cuento, en todos los géneros que inquieto practicó a lo largo de su fecunda carrera de escritor, y belleza nos entregó siempre. Su solo ejemplo es una fuerza que nos estimula, que nos libera de la imitación, que

nos enriquece espiritualmente. Doblemente valiosos, en consecuencia son sus libros. “Simpatías y diferencias”, que es muestra de su talento de ensayista que desarrolla la intuición genial y la expone sencilla y hermosamente; “El plano oblicuo”, que lo revela como autor de ficciones en las que el poema apunta en el fondo de la anécdota; “La crítica en la edad ateniense”, que manifiesta su profunda compenetración con el alma helena, o “La experiencia literaria” y “El deslinde”, que son pruebas de su sentido de investigación y descubrimiento literarios, se imponen, entre otras, como obras de las que no se puede ya prescindir.

Atento a la universalidad de la cultura, don Alfonso sin embargo nunca dejó de ser mexicano. A través de cualesquiera de sus páginas, mientras describe una callejuela de Madrid o París, o comenta un poema de Darío o Rimbaud, o penetra en la génesis de un libro imperecedero, un cuadro genial o un monumento sin tiempo, el mexicano —el mexicano de Monterrey— no desaparece. Decimos mexicano y estamos diciendo americano. Esta ha sido, sin duda, una de las mejores lecciones que hemos aprendido de él, de su pluma infatigable y portentosa, sus lectores de aquí o allá en el continente. Jamás dejó de oírse, en el discurso íntimo de la palabra impresa, el acento dulce y melodioso de su pueblo, que es, con más o con menos, la música del habla de todos nuestros pueblos. Música de fondo, sí, música de adentro, que es al cabo música del alma. El no escogió a México como el cementerio donde ir a dejar los huesos a la hora de la hora. Su patria fue la razón de su vida y por eso don Alfonso pudo interpretar, como lo necesitábamos todos, la maravilla griega, el delirio español, la claridad francesa, la humanidad varia y una, desde nuestra propia perspectiva.

Algún día América, toda América, será como es don Alfonso Reyes: la inteligencia que interroga sin prevenciones, el

sentimiento que mana sin excesos, la poesía que surte de la nube o la piedra, la libertad que no se empequeñece ante nada, el amor a toda cosa que, en el hombre o frente al hombre, propone un enigma,

gracias al cual es una esplendorosa aventura existir. ¡Gracias, don Alfonso, en estos 70 años, por la vida que supisteis darnos, arrancada de aquel árbol dorado que Goethe contrapuso a toda gris teoría!



ALFONSO REYES,
70 años de vida.